

Huntington MAQUIAVELO OPINIÓN PÚBLICA 19661 POLITICA COMPARADA 19661 DAHL GONZALEZ Easton Hobbes 19661 Opinión Pública Sartori

# LA CIENCIA POLÍTICA EN COLOMBIA: ¿una disciplina en institucionalización?

democracia 1986 HABERMAS CLIENTELISMO SARTORI 1975 Tilly BOBBIO Marx Goodin ALMOND Sabine Maquiavelo Metodología 2002 EASTON LEAL PARTIDOS POLÍTICOS DUVERGER CLIENTELISMO WEBER 19661

OPINIÓN PÚBLICA Fracciones RELACIONES INTERNACIONALES PLURALISMO Procesos gubernamentales Teoría Política

Editor: SANTIAGO Leyva Botero

RELACIONES INTERNACIONALES POLITICAS PUBLICAS ALMOND 1986 Política Comparada Klingemann Losada Estudios legislativos administración pública CLIENTELISMO WEBER 19661

JESSOP relaciones internacionales Comportamiento político

ACCPOL | Asociación Colombiana de Ciencia Política

UNIVERSIDAD EAFIT Abierta al mundo

Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación Colciencias República de Colombia

LIBERTAD Y ORDEN

ESVallès POLÍTICAS PÚBLICAS

# La Ciencia Política en Colombia: ¿una disciplina en institucionalización?

Editor:  
Santiago Leyva Botero



Libertad y Orden

Departamento Administrativo de  
Ciencia, Tecnología e Innovación  
Colciencias  
República de Colombia

ACCPOL | Asociación  
Colombiana de  
Ciencia Política



UNIVERSIDAD  
**EAFIT**  
Abierta al mundo

La ciencia política en Colombia : ¿una disciplina en institucionalización? / Patricia Muñoz Yi...[et al.] ; Santiago Leyva Botero, editor. -- Medellín : Colciencias, Asociación Colombiana de Ciencia Política, Centro de Análisis Político - Universidad Eafit, 2013.  
324 p. ; 24 cm. -- (La ciencia política en Colombia).  
ISBN 978-958-8719-14-6  
1. Ciencia política – Colombia. 2. Ciencia política – Colombia – Historia. 3. Ciencia política – Colombia – Enseñanza. 4. Ciencia política – Colombia – Investigaciones. I. Tít. II. Serie  
320.9861 cd 21 ed.  
C569  
Universidad Eafit-Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Primera edición, julio de 2013

- © Santiago Leyva Botero
- © Asociación Colombiana de Ciencia Política (ACCPOL)
- © Centro de Análisis Político - Universidad EAFIT

**Autores:**

Santiago Leyva Botero (Ed.)  
Patricia Muñoz Yi  
Jose Antonio Fortou  
Andrés Felipe Preciado  
María Fernanda Ramírez  
Javier Duque Daza  
José Enrique Urreste Campo  
Juan Pablo Milanese  
Juan José Fernández  
Carlos E. Guzmán M.  
Porfirio Cardona-Restrepo  
Luis Guillermo Patiño Aristizabal  
Miguel Silva Moyano  
Luis Eduardo Vieco Maya  
Andrés Casas-Casas  
Nathalie Méndez Méndez  
Daniel Chasquetti  
Gabriel Murillo

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

**ISBN: 978-958-8719-14-6**

Número de ejemplares: 500

Universidad EAFIT  
Carrera 49 # 7 sur-50, Medellín.  
Tel. 2619500 ext. 9410

**Diseño de cubierta:** Fredy Rodríguez Bedoya, Pregón S.A.S.

**Corrección de estilo:** Álvaro Molina Monsalve

**Impresión y diagramación:** Pregón S.A.S.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de este libro sin la autorización de la Universidad EAFIT y la Asociación Colombiana de Ciencia Política (ACCPOL).

# Ciencia Política en Colombia: una revisión de la literatura sobre el estado e historia de la disciplina en el país<sup>1</sup>

José Antonio Fortou<sup>2</sup>  
Santiago Leyva Botero<sup>3</sup>  
Andrés Felipe Preciado<sup>4</sup>  
María Fernanda Ramírez<sup>5</sup>

---

## Introducción

Este artículo busca presentar una revisión de la literatura sobre el estado de la Ciencia Política en Colombia y su desarrollo histórico. Para contextualizar esta temática, la revisión empieza en el plano internacional —con un énfasis en el mundo anglosajón— y latinoamericano, para luego llegar al caso colombiano. El texto no tiene pretensiones de hacer claridad, ni mucho menos; antes, como señala Heywood (1994: 16), este tipo de preguntas sobre qué es la política —y por extensión, qué es, ha sido y será la Ciencia Política— crean más confusión que tranquilidad en los estudiosos de la disciplina.

- 
- 1 Una primera versión de este artículo fue elaborada en el marco del I Encuentro de Programas y Facultades de Ciencia Política de la Asociación Colombiana de Ciencia Política (ACCPOL), Medellín, Universidad EAFIT - Universidad Pontificia Bolivariana, 8-9 de noviembre del 2012. Agradecemos los comentarios de los profesores Andrés Casas-Casas, Daniel Chasqueti y Gabriel Murillo.
  - 2 Politólogo (Universidad EAFIT). Joven Investigador Colciencias del Departamento de Humanidades de la Universidad EAFIT.
  - 3 Ph. D. en Administración Pública (Lancaster University). Profesor Titular del Departamento de Humanidades de la Universidad EAFIT y Jefe del Pregrado en Ciencias Políticas de la misma Universidad.
  - 4 Politólogo (Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín). Consultor del Centro de Análisis Político de la Universidad EAFIT.
  - 5 Ph. D. en Teoría Política, Teoría Democrática y Administración Pública (Universidad Autónoma de Madrid). Profesora Titular del Departamento de Humanidades de la Universidad EAFIT.

Metodológicamente, se opta por un acercamiento mixto al problema planteado, *estados* de la disciplina e *historias* de la misma, puesto que, debido a la estrecha relación que existe entre ambos elementos, se hace bastante complejo separarlos prácticamente. Al respecto, es muy dicente que la mayoría de trabajos en la materia hacen las dos cosas, una después de la otra. Esto tiene sentido, en tanto estudiar la historia de la disciplina permite acercarse a las narrativas sobre la forma como se hace Ciencia Política y cómo estas enmarcan el debate politológico (Adcock y Bevir, 2005: 2). En otras palabras, la reconstrucción histórica de la disciplina es utilizada para legitimar perspectivas particulares y a la vez deslegitimar los enfoques competidores: “las historias disciplinares están necesariamente ligadas a agendas de identidad disciplinar” (Dryzek y Leonard, 1988: 1252) y, así, influyen sobre el “estado” de la Ciencia Política y su evaluación como disciplina. No en vano parece que el campo de la historia de la Ciencia Política ha ido adquiriendo una “centralidad especial” en la disciplina (Dryzek y Leonard, 1988: 1250-51)<sup>6</sup>. Adicionalmente, cabe preguntarse si escribir la historia de la Ciencia Política es distinto a *hacer* Ciencia Política (Dryzek y Leonard, 1988: 1248). Por estas razones, el trabajo realiza una revisión breve de la literatura sobre la historia de la disciplina en relación con los diagnósticos de su estado actual (en tres niveles: el mundo, principalmente anglosajón, América Latina y Colombia).

En los tres casos se identifican dos regularidades. Primero, la existencia de perspectivas encontradas sobre las idas y venidas de la disciplina, lo que evidencia fracturas entre aquellos que promueven el empirismo, la cuantificación y la “disciplina de la disciplina”, y aquellos que critican estos tres aspectos y lamentan el alejamiento de la Filosofía Política y de los estudios sociales en general. Segundo, la forma como los contextos social y político son una clave imprescindible para entender los procesos de nacimiento e institucionalización de la disciplina: la Ciencia Política no está tan alejada de la política.

Antes de comenzar, es preciso realizar una aclaración clave. Por “Ciencia Política” se entiende aquí “un campo disciplinar en el cual convergen un conjunto de estudios sobre lo que es la política y lo político en la sociedad [colombiana]”, “un campo académico difuso e inacabado” quizás multidis-

---

6 Hace unos pocos años, la revista *Andamios* de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México recogió una selección de bibliografía sobre la disciplina, que muestra la vitalidad de la discusión y del campo (Andamios, 2009).

ciplinar, y por lo mismo caracterizado por el desacuerdo (Alonso Espinal, 2001: 60). Así, se incluye tanto lo que Leal Buitrago (1988) llama los “estudios políticos”<sup>7</sup>, como la más “disciplinar” Ciencia Política (Losada, 2004).

El texto se divide en tres secciones, además de esta introducción y unos breves comentarios finales: 1) sobre los estudios y el estado de la disciplina en el plano internacional, especialmente anglosajón; 2) sobre la Ciencia Política en América Latina; y, finalmente, 3) sobre la llegada y desarrollo de la disciplina en Colombia: sus inicios, sus temáticas, la formación profesional y un somero acercamiento a la investigación politológica (los múltiples centros desde los cuales se ha pensado lo político en el país y la difusión de conocimiento a través de revistas especializadas).

## **1. Los estudios sobre la Ciencia Política en el plano internacional**

Esta sección realiza una revisión breve de la literatura sobre el estado en el entorno internacional de la Ciencia Política, centrándose en las narrativas sobre el desarrollo histórico de la disciplina –desde el nacimiento de los primeros departamentos de Ciencia Política en Estados Unidos hasta la década de 2000, pasando por la “revolución” conductista y otros movimientos en su interior– y algunas apreciaciones en contienda sobre su estado actual.

### **1.1. Historias de revoluciones triunfantes y fracasadas**

En las historias de la Ciencia Política hay, por lo menos, dos consensos. Primero, pocos discuten que el nacimiento de ella se dio en Estados Unidos entre 1925 y 1950 (Goodin, 2010; Losada y Casas-Casas, 2008; Sartori, 2011; Zolo, 2007) y que, antes de esto, los estudios políticos con pretensiones de cientificidad estaban atados a enfoques históricos y jurídicos (Sartori, 2011: 310-311). En su origen, la disciplina habría tenido un doble objetivo: por un lado, el cometido explícito de producir conocimientos objetivos de base empírica sobre la política, pero por el otro, un propósito implícito de promoción de las instituciones democráticas, la libertad y el pluralismo en su concepción estadounidense (Zolo, 2007: 52).

---

7 O lo que unas universidades británicas llaman “*Politics*” (política), algunas estadounidenses “*Government*” (gobierno) y otras colombianas llaman “Ciencias Políticas”.

El segundo consenso tiene que ver con una interpretación de la historia disciplinar basada en sus etapas o “revoluciones”. Como señala Goodin (2010: 13), “la autoconcepción que tiene la disciplina de su propio pasado está firmemente organizada alrededor de épocas puntuadas por tomas revolucionarias exitosas”. La idea de revolución en la historia de la Ciencia Política es frecuentemente utilizada para hablar de la irrupción del conductismo en la década de 1950 —sobre todo en el famoso “epitafio” de Dahl en 1961—, pero Goodin (2010) la ha extendido a tres momentos revolucionarios, los cuales conversan tranquilamente con la propuesta “progresista-ecléctica” de Almond (1996) de la historia disciplinar y de la creciente profesionalización de la Ciencia Política en el siglo XX (Goodin y Klingemann, 1996)<sup>8</sup>. El primer periodo sería el de la fundación de la disciplina a principios del siglo XX, caracterizado por la búsqueda de un estudio sistemático y profesionalizado de los procesos políticos. Almond lo identifica con el auge de la llamada “Escuela de Chicago” (y sus principales exponentes, entre otros, Merriam, Gosnell, Lasswell, Wright), con énfasis en las interpretaciones psicológicas y sociológicas, la organización de programas de investigación y la defensa del valor de la cuantificación. El segundo periodo es la llamada “revolución conductista”, la cual rompe con el formalismo y normativismo anterior y busca comprender cómo se comportan las personas en la realidad política. Durante este periodo se fortalecen las subdisciplinas más tradicionales, especialmente la política comparada, que ganó un impulso importante en la posguerra y las nuevas oportunidades para estudiar temas relacionados con conflicto armado, sistemas políticos, relaciones internacionales y desarrollo económico en contextos diversos. Finalmente, a partir de las décadas de 1970 y 1980, la elección racional y el individualismo metodológico en Ciencia Política llevan a cabo su propia revolución caracterizada por la introducción de métodos deductivos, estadísticos y matemáticos y de modelos económicos. Con lo anterior, se busca tomar distancia de un supuesto empirismo excesivo y ateorico del conductismo, a cambio de realizar trabajos basados en unas pocas y herméticas proposiciones teóricas y supuestos fundamentales.

Esta síntesis corresponde a una historia de la disciplina en Estados Unidos. Sin embargo, no debe olvidarse el papel de Europa en el nacimiento y posterior desarrollo de ella: hubo un importante proceso de fertilización cruzada en los años de la Escuela de Chicago, pues los primeros politólogos estadounidenses

---

8 La idea de revoluciones y cambios de paradigma en las ciencias, incluso sociales y políticas, evidentemente no es una innovación propia de la disciplina y debe mucho (o todo) al trabajo de Kuhn (1992).

fueron influenciados en buena medida por el éxodo de investigadores alemanes hacia Estados Unidos (como Strauss, Deutsch, entre otros). En Europa también hubo una conexión entre política y Ciencia Política porque el nacimiento de esta fue en parte producto de la ola de democratización a finales del siglo XIX y principios del XX, del Estado de Bienestar y su necesidad de producir datos sobre la calidad de vida de la sociedad. No obstante, con el tiempo la disciplina se ha convertido en una empresa cada vez más global (Goodin y Klingemann, 1996) y menos diferenciada geográficamente, con una cierta uniformidad en sus prácticas (en el centro de la disciplina)<sup>9</sup>.

Esta uniformidad ha sido contestada en numerosas ocasiones. La pregunta por las revoluciones triunfantes, lógicamente, pide pensar aquellos movimientos contestatarios que no alcanzaron la hegemonía. No es de extrañar que la disciplina haya conocido varios movimientos contrarrevolucionarios o contrahegemónicos durante sus casi 100 años de historia: al fin y al cabo, la “vanguardia revolucionaria” por lo general es bastante reducida (quizás solo un 5% de los politólogos estadounidenses practican y aplican los principios de la elección racional) y el cuadro “gobernante” tras el triunfo de las revoluciones lo es más aún (Goodin, 2010: 13). Muchos piensan que la disciplina se ha equivocado en numerosas ocasiones en su elección de paradigmas, de ahí que haya un abismo percibido entre metodologías cualitativas y cuantitativas, o entre los teóricos y filósofos de la política y los empiristas.

No obstante, la disciplina ha sido exitosa en su función de disciplinar y cooptar o institucionalizar movimientos de revolución o descontento en su interior. Fue el caso del *Caucus for a New Political Science* (CNPS) en las décadas de 1960 y 1970, y del movimiento la *Perestroika* del 2000. En ambas ocasiones, un grupo de académicos dentro de la American Political Science Association (APSA) expresó su descontento con la supuesta neutralidad de los politólogos y con el conductismo (en el caso del CNPS) y con el monismo metodológico y la hegemonía del paradigma positivista de la elección racional (en el caso de la *Perestroika*). En estos dos casos, la APSA “normalizó” la situación permitiéndoles a estos grupos disidentes expresarse de distintas maneras y canalizar su disenso por nuevos medios, como, por ejemplo, con la creación de sus propias revistas especializadas al interior del sistema de difusión académica de la APSA. Pero esto no significa que no haya discusiones internas en la Ciencia Política, no solo sobre objeto y métodos, sino también sobre el estado de la disciplina misma y su historia. La “insurgencia” disciplinar le recuerda

---

9 Sobre la prehistoria, el período intermedio y el desarrollo de la Ciencia Política en el siglo XX en una versión más europea, ver el Apéndice de Duverger (1962).



al grupo hegemónico que es aquello que se ha perdido —en enfoques, temas, matices y metodologías— con el triunfo de cada revolución sucesiva (Goodin, 2010: 15).

Las discusiones sobre la historia de la disciplina adquieren, con frecuencia, un tono maniqueo: cada lado quiere hacer que el otro parezca malvado (Goodin, 2010: 10). Por ejemplo, en la narrativa de Almond (1999) sobre las “mesas separadas” —metáfora que intenta señalar la fragmentación en dos dimensiones (ideología y método) de la Ciencia Política— la llamada “derecha dura” afirma que no había *Ciencia Política* antes de la introducción de métodos estadísticos y matemáticos, mientras que para la “izquierda blanda” la Ciencia Política viene en picada desde la caída de la creencia en el conductismo, que, mal que bien, le daba identidad. Almond, astutamente, rechaza estas interpretaciones monistas al considerar que “la historia de la Ciencia Política no apunta hacia ninguna de esas apartadas mesas, sino más bien hacia la porción central del comedor, en donde sus ocupantes son partidarios de metodologías mixtas y aspiran a la objetividad” (1999: 53).

En términos más generales, Almond (1996) identifica cuatro perspectivas en pugna sobre la historia disciplinar. Primero, la posición anticiencia o straussiana, que critica la ciencia social positivista de inspiración weberiana y la introducción del método científico como una ilusión que hace más mal que bien a los estudios políticos. Segundo, una posición posciencia y posconductismo, adepta de una interpretación fragmentada de la disciplina, de múltiples identidades disciplinares, cada una con una visión propia. Por su parte, los marxistas, neomarxistas y críticos consideran que no puede haber una Ciencia Política separada de una ciencia de la sociedad, esto es, que debe haber unidad entre el actuar profesional y la praxis social y política. Finalmente, una cuarta posición, la de la elección racional (teoría formal, teoría positiva, elección pública, elección colectiva...), tiene su propia interpretación de la historia disciplinar basada en la idea del progreso hacia un conjunto de teorías matemáticas y formales aplicables a lo social, incluido lo político, en la cual todo lo anterior a la llegada de este enfoque es precientífico.

## **1.2. El estado de la Ciencia Política: dos perspectivas**

¿En qué condición está la Ciencia Política en este momento? Existen dos grandes perspectivas o tradiciones en el análisis del estado actual de la disciplina, las cuales a su vez retoman distintos componentes de las historias disciplinares para solidificar sus argumentos (Dryzek y Leonard: 1988): a) la

perspectiva optimista o “*Whig*”, dentro de la cual caben varios tipos de análisis y evaluaciones, según el grado de optimismo; y b) la perspectiva escéptica, negativa o crítica. En la tercera sección de este artículo se retoman estas dos perspectivas para clasificar de manera tentativa algunas posiciones sobre el tema en el contexto colombiano reciente.

La perspectiva optimista puede encontrarse en los trabajos de Pasquino (1988), Almond (1996; 1999), Goodin y Klingemann (1996), Farr, Dryzek y Leonard (1999), Laitin (2004), Goodin (2010), Stoker y Marsh (2010) y, en Colombia, Losada y Casas-Casas (2008). Revisar una por una las consideraciones de estos autores permite distinguir las diferencias sutiles entre las distintas formas que puede adoptar el optimismo. Así, por ejemplo, Pasquino señala que ya a finales de la década de 1980 la Ciencia Política estaba “bastante consolidada, como nunca lo estuvo en su historia”, pero que esa consolidación no implicaba unificación, pues existía un “pluralismo de enfoques, técnicas y métodos, de variedades y de temas e incluso de confusión de resultados” (Pasquino, 1988: 24). Así mismo, resaltaba cuatro desarrollos recientes en la disciplina que configuraban su estado: a) la cuantificación (una “batalla ganada”); b) el empirismo; c) el fortalecimiento del campo de las políticas públicas; y d) una importancia creciente de la historia en el análisis político.

Las evaluaciones que realizó Almond en la década siguiente coinciden en buena parte con esta impresión. Él resalta el pluralismo en los métodos y enfoques, un pluralismo que en su opinión es ecléctico, interactivo y sinérgico, en vez de aislacionista (Almond, 1996: 89). La metáfora de las “mesas separadas” (Almond, 1999) es, al mismo tiempo, una crítica a la fragmentación de la disciplina, como una celebración de la diversidad de la misma. Esta diversidad tiene su arista más positiva en la “cafetería central”: aquel lugar donde trabajan la mayoría de politólogos tomando elementos de distintos enfoques y dialogando de forma más fluida con sus colegas. Goodin y Klingemann (1996) apoyan esta interpretación y celebran la diversidad y el cosmopolitismo disciplinar. Para Laitin, la “constante vitalidad intelectual de la disciplina” se evidencia en programas de investigación tan variados como el desarrollo de las implicaciones de la teoría de la justicia de Rawls o del teorema del votante medio de Black, o los numerosos trabajos cuantitativos con *N*-grande sobre democratización y orden político.

Por su parte, Goodin introduce un bemol en esta caracterización de la Ciencia Política como pluralismo y diversidad. Para él, la disciplina se caracteriza tanto por su diversidad, como por su unidad: “las sinergias abundan”

(Goodin, 2010: 32). Esa tensión entre unidad y diversidad ha sido resuelta, señala Goodin, por la *disciplina* de la Ciencia Política: el progreso —mediante la crítica y el diálogo— es atribuible a las obligaciones que resultan de ser un politólogo. “La disciplina es pluralista, pero la pluralidad está contenida y disciplinada por una disciplina” (Goodin, 2010: 32). Esto no implica decir, empero, que la Ciencia Política sea un club de profesionales que piensan igual ni que se debe promover una campaña de unidad. Stoker y Marsh (2010: 12) la describen como una asamblea<sup>10</sup> compuesta por individuos que vienen de distintos puntos, pero que convergen en el compromiso de desarrollar una mejor comprensión de la política —la proverbial “cafetería” en el modelo de Almond—. En la interpretación de este debate que realizan Losada y Casas-Casas (2008: 44), ese punto en común sería actualmente un nuevo consenso sobre método y objeto de la Ciencia Política: el “neoconductismo”, un conductismo matizado, despojado de sus excesos, con nuevos métodos y un énfasis en teorías deductivas.

Por su parte, la perspectiva escéptica o pesimista está sintetizada en trabajos como los de Zolo (2007) y Sartori (2011). Zolo ataca dos elementos de la Ciencia Política contemporánea. Primero, el deslinde entre filosofía y teoría políticas por un lado, y Ciencia Política por el otro, deslinde que Goodin (2010) mismo señala al realizar un análisis bibliométrico de los manuales de Ciencia Política publicados por Oxford University Press. Segundo, la presunción de “cientificidad” de la Ciencia Política que exporta Estados Unidos y su pretensión de copar la totalidad del análisis político. A esto, Sartori (2011: 313-14) le suma tres críticas a la Ciencia Política actual: a) el conductismo ha olvidado que la política es interacción entre instituciones y comportamiento; b) el cuantitativismo empuja hacia una precisión que es ficticia o irrelevante; y c) al privilegiar el enlace teoría-investigación y no teoría-práctica, se ha creado una ciencia inútil de la política sin componente de aplicación, que no sabe hacer. En tanto la Ciencia Política en la versión estadounidense adolece de estos tres problemas, parece que no va “a ningún lado”<sup>11</sup>; la salida, arguye Sartori, es fortalecer la metodología y resistirse a la cuantificación: “piensa antes de contar y, al mismo tiempo, cuando pienses usa la lógica” (Sartori, 2011: 318).

---

10 En inglés, “church”, iglesia, palabra proveniente del griego “ἐκκλησία” o asamblea.

11 Laitin responde a la crítica de Sartori intentando mostrar tres cualidades de la Ciencia Política contemporánea: “su calidad, su internacionalismo y su importancia en el mundo real” (2004: 362).

A estas críticas de los métodos y enfoques predominantes en la Ciencia Política se unen voces que cuestionan el supuesto estado de diversidad y pluralismo de la disciplina y la forma en que se habría logrado. Así, por ejemplo, contra la perspectiva de Goodin, Adcock y Bevir (2005: 5) señalan que la creación de una aparente agenda intelectual compartida y de un triunfo de lo empírico sobre lo teórico o normativo pueden ser vistos como producto de la victoria de una tradición particular—la elección racional— que se autolegitima contando *una* historia de la disciplina (la de su triunfo) como si sus principales supuestos no fueran problemáticos. Otros como Farr, Dryzek y Leonard aceptan las valoraciones que realizan algunos optimistas, pero con un giro. Así, aceptan que “es la *proliferación* —singular— [de enfoques y de prioridades] lo que caracteriza en la actualidad la situación posconductista de la Ciencia Política estadounidense”, pero anotan que esta proliferación resulta engañosa, pues la mayoría de enfoques que conviven actualmente en la disciplina “no son candidatos genuinos a una Ciencia Política” (1999: 15-16). El propio Goodin resalta algunas críticas que enfatizan la importancia de las “rebeliones” disciplinares (el CNPS y la Perestroika) para argumentar que el estado de la disciplina se asemeja a un cese al fuego entre creyentes de las distintas “mesas separadas” (Goodin, 2010: 15).

En síntesis, las evaluaciones de la historia y el estado de la disciplina, especialmente en el mundo anglosajón y en menor medida en el plano internacional, convergen en unos cuantos puntos básicos —revoluciones y contrarrevoluciones, dominación de lo cuantitativo—, pero difieren, a veces ácidamente, en la interpretación, la valoración y las implicaciones de estos “hechos”.

## 2. Los estudios sobre la Ciencia Política en América Latina

En los relatos y críticas a la historia de la Ciencia Política en el plano internacional, América Latina y Colombia —junto a otras regiones como el Medio Oriente, África Subsahariana y el Lejano Oriente— aparecen principalmente como los lugares a los que los primeros conductistas y comparativistas llegaron a hacer sondeos e investigaciones para fortalecer estudios de casos y comparados<sup>12</sup>. Sin embargo, tanto la región como el país tienen sus propias

---

12 Sobre la relación entre Ciencia Política en Estados Unidos, política comparada y América Latina, ver Hartlyn (2010).

historias de la fundación y el desarrollo de la disciplina. En esta sección se discuten elementos tanto de la historia de la disciplina en América Latina, como de su estado actual<sup>13</sup>.

Es posible plantear, siguiendo a Nohlen (2006), que la Ciencia Política en América Latina muestra un desarrollo y consolidación dispar, ligado estrechamente al contexto político de los diferentes países, lo cual limita la posibilidad de establecer tendencias generales. Así mismo, no es tarea sencilla identificar con exactitud el momento del nacimiento de la disciplina en la región, ya que diversos estudios sobre la política se elaboraban a partir de contribuciones provenientes del Derecho, la Sociología, la Economía, entre otros campos de saber cercanos. A lo previamente enunciado, se suma la relativa escasez de reflexiones e investigaciones que se ocupen de estudiar la evolución de la disciplina por país y en términos comparados. Sin embargo, la revisión de la literatura existente sobre el tema permite diferenciar entre dos momentos fundacionales de la Ciencia Política en América Latina, uno situado a finales de los años sesenta y el otro, a principios de los años ochenta del siglo XX.

El primer momento se asocia al surgimiento de las primeras carreras de grado en la disciplina: “A partir de 1965, se crearon las primeras cátedras y escuelas [de Ciencia Política], por ejemplo en Colombia (1965), Uruguay (1966), Costa Rica (1968), Chile (1969) y Guatemala (1969)” (Nohlen, 2006: 1). Previamente, la Ciencia Política ya se había instalado en Venezuela, de la mano de la transición a la democracia en 1958. Este período estuvo caracterizado por la radicalización ideológica de ciertos sectores intelectuales que, seducidos por el estructuralismo y el marxismo, estaban interesados en las explicaciones macro, relativas a grandes procesos sociales. Las preguntas recogidas por los estudios políticos de la época —hegemonizadas por los sociólogos y los economistas— tenían que ver con las causas del subdesarrollo y las estrategias de la denominada periferia para salir de la relación de dependencia con el centro industrializado, con una particular atención a los factores estructurales exógenos. Se destaca de este momento el escaso tratamiento de lo relativo a los procesos políticos y la institucionalidad, lo cual iba acompañado de un abierto rechazo a los métodos de la Ciencia Política estadounidense y el énfasis en la investigación empírica del enfoque conductista, entonces predominante.

---

13 Para un acercamiento a la institucionalización y el estado de la disciplina en América Latina y en numerosos países de la región, vale la pena consultar el número 25, volumen 1, de la *Revista de Ciencia Política* de la Universidad Católica de Chile, publicado en el 2005, con contribuciones sobre los siguientes países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela. Esta sección no pretende ser tan comprensiva.

Por otra parte, no se puede obviar el impacto de los regímenes militares que se extendieron por la región a partir del golpe militar en Brasil en 1964. En el marco de la doctrina de la seguridad nacional, muchos investigadores de las ciencias sociales fueron perseguidos, obligados a exiliarse, desaparecidos o asesinados. Desde el Estado, se efectuaba un ejercicio de “depuración” sistemática de las universidades y centros de investigación, bajo sospecha de ser nichos revolucionarios. Tal como plantea Huneus,

El daño que produjo el autoritarismo en la Ciencia Política fue considerablemente superior al sufrido por las demás ciencias sociales porque su objeto de estudio se relaciona directamente con la democracia. La historia de la disciplina ha girado en torno a ella y de ahí que haya crecido en los países en que ha expedido estabilidad democrática y ha vuelto a surgir cuando ha reaparecido la democracia (...) De ahí que se institucionalizó primero y con fuerza en los Estados Unidos, debido a que su continuidad democrática proporcionaba condiciones históricas favorables (Huneus, 2006: 5).

Buena parte de los académicos que lograron sobrevivir a la represión se refugiaron en centros de investigación privados, financiados por fundaciones o países interesados en sostener espacios de discusión e interlocución académica, a la espera de cierta estabilidad política bajo cauces democráticos. Así, por ejemplo, agrega Huneus:

Entre los institutos y centros que destacaron en el Brasil cabe mencionar el Instituto Universitario de Pesquisas de Río de Janeiro (UIPERJ), dirigido en los primeros años por el politólogo Cândido Mendes, que llegó a ser presidente de la IPSA (Internacional Political Science Association); el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Minas Gerais, creado en 1965 con el apoyo de la Fundación Ford, en que participaron profesores formados por Heinz y Galtung en la FLACSO; el Cebrap (Centro Brasileiro de Analise e Planeamiento), fundado en 1969 bajo el liderazgo de Fernando Enrique Cardozo, sociólogo de formación, con un postgrado en Francia, en el cual reunirá a doctorandos que habían terminado sus estudios en los Estados Unidos; el CEDEC (Centro de Estudos de Cultura Contemporânea), fundado por Francisco Weffort y José A. Moisés en 1976, que se dedicó especialmente a los estudios sobre movimientos sociales en los 70 y los 80, y después a los estudios de la transición; y el IDESP (Instituto de Investigações Sociais de São Paulo) fundado por Bolívar Lamounier (Huneus, 2006: 7-8).

En Argentina, por su parte, florecieron los centros privados, como el Instituto Di Tella, el Instituto de Estudios Económicos y Sociales (IDES), la Fundación Bariloche, entre otros. Es de destacar también la instalación en Buenos Aires de la sede del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) que jalonó el análisis político en la región mediante importantes publicaciones y grupos de investigación.

Según Huneeus (2006), la Ciencia Política en Chile se pudo sostener durante el régimen de Pinochet, en gran medida por la continuidad de la FLACSO —que logró mantenerse en pie debido a cierto apoyo de la Iglesia Católica— y el Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), perteneciente a la Academia de Humanismo Cristiano en Chile, auspiciado por el gobierno francés.

En ese orden de ideas, los regímenes militares implicaron, en la mayor parte de la región, una pausa obligada (aunque en ocasiones parcial) para la disciplina. Por ello, se habla de un renacimiento de esta a partir de los años ochenta en el marco de la “vuelta a la democracia”. Esto es particularmente visible en casos como el argentino, en el que los inicios de la Ciencia Política datan de principios de siglo XX (en el ámbito de las universidades privadas), o en el uruguayo, en el cual sus comienzos pueden rastrearse incluso desde más temprano. Esta refundación permitió la actualización y renovación teórica de la disciplina, que a la vez se vio “invadida”, “apabullada” por los objetos de preocupación provenientes del contexto (la transición del régimen, el poder militar, las alianzas cívico-militares, la reparación de víctimas y los derechos humanos, entre otros).

Se puede decir que en este segundo momento de relanzamiento, la política gana autonomía como ciencia, con un objeto de estudio propio. Así, logró evidenciar su singularidad, su sello distintivo respecto a las otras ciencias sociales que hasta ese momento se ocupaban del análisis político. No se puede pasar por alto que se trató de un momento coyuntural de gran interés generalizado por la política que “vuelve a la escena”, luego de largos años de represión y cierre de canales de expresión ciudadana y partidaria, lo cual favoreció su protagonismo.

Así mismo, un rasgo característico de este momento en varios países de la región fue la gran politización de estudiantes y profesores, la configuración de una suerte de Ciencia Política militante que permeaba el trabajo académico e investigativo. El caso argentino es ilustrativo en ese sentido, teniendo en cuenta que la carrera se fundó en la Universidad de Buenos Aires con la idea

de formar cuadros políticos que sirvieran a la reinstalación y consolidación del régimen democrático (Bulcourf y D'Alessandro, 2003).

En los últimos años esto ha venido cambiando. No obstante, en varios países los estudiantes y egresados de Ciencia Política siguen asumiendo la carrera como un medio para acceder al servicio público, la militancia o la carrera diplomática, así como muchos de sus profesores, para participar activamente en la política partidaria y rotar entre los cargos públicos, las actividades de consultoría y el ejercicio académico. Es importante enfatizar que los intereses cognoscitivos de la Ciencia Política en Latinoamérica, a lo largo de su desarrollo, han estado incididos por la agenda política de cada país (Nohlen, 2006). Esto fue notorio en los años ochenta, cuando los temas de estudio preponderantes eran el proceso de transición democrática (particularmente en el Cono Sur), los diseños institucionales, las reglas de juego político y el rol de los partidos. Gran parte del debate alrededor del proceso democrático se desarrolló a partir de los trabajos de Guillermo O'Donnell y la introducción de categorías como autoritarismo burocrático, transición democrática, democracia delegativa, etc.

En los años noventa, el foco de atención se fue redireccionando hacia la calidad de la democracia y las expectativas ciudadanas. En un contexto dominado por el desencanto ante la “democracia realmente existente”, los intereses politológicos se empiezan a centrar en el desempeño, el rendimiento y la capacidad de respuesta de los gobiernos. Afloran los estudios de cultura política en los que se parte de una mirada a “las promesas incumplidas de la democracia”, luego de pasados diez o más años de su reinstalación, y a la —problemática— invocación de la sociedad civil (Lechner, 1990).

En los últimos años se destacan los trabajos ligados a la administración y políticas públicas, especialmente en materia de reforma del Estado, descentralización y gestión municipal. Desde el punto de vista teórico, adquieren relevancia ciertas discusiones epistemológicas, la elección racional, el nuevo institucionalismo, las teorías sobre gobernanza, entre otros.

En términos generales se percibe cierta desconexión entre las problemáticas trabajadas en la región —influenciadas fuertemente por las coyunturas políticas de cada país— y los temas dominantes en la Ciencia Política internacional. Esto también se expresa en cuestiones de método ya que, siguiendo a Nohlen,

No se distingue bien entre métodos y técnicas de investigación, diferenciación que enseña G. Sartori (1987). En América Latina prevalece



tradicionalmente el Método Histórico. Es la opción consecuente para explicaciones genéticas en la medida en que los politólogos se encierran en lo monográfico nacional. Así, la estructura del sistema de partidos encuentra su explicación en la evolución histórica, cuya exposición favorece la descripción cronológica. Siendo tal trabajo muy valioso, éste no se corresponde bien con las aspiraciones [de la Ciencia Política], consistentes en análisis sistemáticos y conocimientos generalizables. Los propios politólogos latinoamericanos lamentan la ausencia de estudios comparativos. No es que no existan estudios comparativos que incluyan varios países de la región y que incluso ubiquen a países en una perspectiva comparativa con países fuera de la región, pero tales estudios han sido escritos por politólogos norteamericanos y europeos (Nohlen, 2006: 3).

La tendencia preponderante es a hacer estudios descriptivos, ensayísticos, con escasa formalización y sistematización. No obstante, en los últimos años se constata una inclinación a la utilización de métodos empíricos, técnicas cuantitativas y *software* para análisis de datos, tanto cualitativos como cuantitativos. Esto se debe al mayor contacto de los académicos latinoamericanos con centros de investigación internacionales, la realización de doctorados en Europa y Estados Unidos mediante becas internacionales, la conformación de redes académicas y cierta difusión de conocimientos, métodos y técnicas, sobre todo provenientes de la Ciencia Política norteamericana.

Es de resaltar también la fundación en el 2003 de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP) y la creciente presencia de politólogos latinoamericanos en los Congresos bienales de la IPSA. Según Huneus (2006), la Ciencia Política en América Latina se encuentra establecida en casi todos los países de la región, con escuelas que imparten licenciaturas, y en numerosos casos maestrías, mientras que en varias universidades —como es el caso de Argentina, Chile, Brasil, Colombia y México— se cuenta con programas de doctorado. En los principales institutos o departamentos de Ciencia Política hay continuidad y cualificación de la investigación y sus resultados se publican en revistas especializadas. Sin embargo, persiste gran heterogeneidad, con algunos países que han alcanzado un relativamente alto grado de institucionalización (Argentina, México, Brasil, Uruguay y Chile, por ejemplo) y otros (como Colombia, Venezuela, Perú y Ecuador) que aún están definiendo su perfil y buscando un espacio de reconocimiento disciplinar.

Haciendo un balance regional, se puede afirmar que hay varias asignaturas pendientes para la Ciencia Política en América Latina, sin desconocer que esta

se sitúa en un contexto estructural signado por la escasez de recursos para la investigación y la formación doctoral de los académicos. Adicionalmente, su historia ha estado marcada por elementos como la influencia de la academia anglosajona (pero también la marxista) y los regímenes políticos de turno. Entre los retos están la consolidación epistemológica, teórica y metodológica de la disciplina, su profesionalización y una mayor difusión de su producción académica e intelectual, la cual se encuentra en desventaja frente a la de países como Estados Unidos y el Reino Unido. Así mismo, incursionar en temas no exclusivamente ligados a la coyuntura o a la agenda nacional-local y avanzar en la formalización metodológica y la utilización del método comparado, permitirían trascender cierto parroquialismo, dándole una mayor presencia y visibilidad en la Ciencia Política internacional.

### **3. Los estudios sobre la Ciencia Política en Colombia: formación e investigación**

Si en el mundo anglosajón y durante el proceso de “exportación” de la Ciencia Política estadounidense hacia el resto del mundo la disciplina iba de la mano de la promoción de la democracia (en el marco de la posguerra mundial y de la Guerra Fría), podría decirse que en América Latina las idas y venidas de la disciplina se relacionaban igualmente con procesos políticos como las recurrentes tensiones entre autoritarismos y democracia, expresadas en varias olas y contraolas de democratización en la región. En Colombia, la Ciencia Política y su desarrollo tampoco fueron ajenos a la política: el conflicto armado interno, el Frente Nacional y, en menor medida, los encuentros y desencuentros entre centralismo y regionalismos, han influenciado el origen y cambio de la disciplina en el país. En esta sección se toma en consideración la literatura existente sobre el estado de la Ciencia Política en Colombia, al tiempo que se revisa su historia desde la difusión científica, la profesionalización y la creación de programas y centros o institutos de estudios.

Esta sección se desarrolla en dos momentos. En primera instancia, se retoma y presenta el análisis existente en torno a la formación en Ciencia Política, es decir, la profesionalización de la disciplina como producto de la decisión, en varias universidades del país, de abrir un número importante de programas de pregrado destinados a formar en Ciencia Política, proliferación evidente desde hace aproximadamente dos décadas. En el segundo momento, se abordan diversas apreciaciones sobre el estado actual de la disciplina en el país, desde las perspectivas más optimistas, hasta algunas de corte más escéptico y crítico.

### **3.1. Formación e investigación en Ciencia Política: autonomía y profesionalización**

En esta subsección se propone un recorrido por la historia de la Ciencia Política en el país, particularmente a partir de la segunda mitad del siglo XX. Para esto, se revisan y sintetizan las principales propuestas —las “narrativas”— de la historia disciplinar. Este tipo de recorrido se beneficia de lo desarrollado en las dos secciones anteriores (el plano internacional y el latinoamericano), pues como señala Sánchez David (2001: 30), “La Ciencia Política en Colombia ha seguido los pasos, aunque desfasados en el tiempo, del desarrollo de la disciplina en el resto del mundo”.

Para entender qué significa hacer un análisis politológico, no se debe olvidar que la disciplina pretende ser una ciencia empírica y que, por tanto, el tipo de temáticas que trata está frecuentemente atado al contexto. Esto implica que la Ciencia Política en Colombia ha tenido un desarrollo particular ligado a la situación contextual. Esto no quiere decir que la Ciencia Política colombiana es una ciencia inminentemente local, aunque algunos problemas que esta trata en el país pueden ser particulares; sus procesos, prácticas, estructuras e instituciones no dejan de ser comparables con sus similares en otros países. Por ejemplo, el proceso de avanzada capitalista, la consolidación de una sociedad de masas, las fortalezas y debilidades de los distintos regímenes políticos, por mencionar algunos, son temas comunes al avance de la modernidad, y por lo tanto transversales en el entendimiento de la Ciencia Política en muchos países. Así, entender las características de la Ciencia Política colombiana implica hacer un recuento de su surgimiento y evolución, sin desconocer los puntos de encuentro y convergencia con temáticas de orden local, regional y mundial.

El primer departamento de Ciencia Política que se creó en el país fue el de la Universidad de los Andes en 1968. Su nacimiento se dio en un ambiente de polarización producido por una división entre los paradigmas marxistas y el estructuralismo funcional (Bejarano y Wills, 2005). Esta división teórica y política de la época trasladaba el desencuentro a las mismas instituciones educativas, donde la polarización y el “conflicto” afectaron principalmente las facultades de Sociología, muchas de las cuales llegaron a ser cerradas por sus problemas internos.

La creación de este Departamento debe enmarcarse dentro del proceso más amplio del surgimiento de las ciencias sociales en la academia colombiana, así como del contexto sociopolítico. Como señala Leal Buitrago (1988:

61), “para comprender mejor el desenvolvimiento de los estudios políticos en Colombia es necesario ubicar este proceso dentro del contexto de las características y tendencias generales de la sociedad”. El proceso modernizador laico del Frente Nacional a partir de 1958 estuvo mediado por una gran expansión del cuerpo estudiantil y por la inclusión de las clases medias en la educación superior. Dentro de este contexto, el surgimiento de la Ciencia Política en Colombia buscaba propiciar una clara separación entre militancia e ideología y, por lo tanto, imprimirle al estudio de la política una “naturaleza secular” que permitiera “una aproximación más moderna, racional y por sobre todo no confesional a los problemas y fines de la actividad política” (Bejarano y Wills, 2005: 113). Así mismo, el proyecto tripartito del Frente —redemocratización, pacificación y desarrollo— buscaba potenciarse por medio de una mayor participación de la sociedad civil y una mayor profesionalización —técnica, si se quiere— de la misma (Leal Buitrago, 1988), a través de la formación económica, política y jurídica.

Los primeros trabajos en Ciencia Política en Colombia poseen visos conductistas como resultado de la influencia norteamericana. En su versión más cercana al funcionalismo, esta corriente buscaba estudiar empíricamente ciertos fenómenos sociales y políticos en relación con la función que cumplían en el todo; así, asumía que había unas funciones presentes en todo sistema político existente, las cuales eran llevadas a cabo por una serie de instituciones políticas<sup>14</sup>. Así, la Ciencia Política norteamericana de los cincuenta y los sesenta, aquella que primero influenció la Ciencia Política en Colombia en su versión de la Universidad de los Andes, asumía que existía un mercado en el que se tendía hacia la constitución de diferentes soluciones a estas necesidades de carácter universal. Como recuerdan Murillo y Ungar,

Según William Cartier, politólogos de la talla de Lipset, Downs, Easton y especialmente Dahl, fueron incidentales en el arraigo de un modelo adecuado de democracia liberal que concebía esta modalidad de régimen político como un mercado de proveedores y consumidores de bienes políticos, exento de todo contenido ético. Es así como, según este autor, la instauración de este modelo suponía una dualidad pluralista-elitista, que buscaba principalmente la consecución de una paz social de largo plazo, y en esa medida, su aplicación era instrumentada casi que ciegamente, sin entrar nunca a cuestionar la validez universal de sus supuestos principales (1999: 2).

---

14 Sobre esta versión, ver Almond y Powell (1966). Sobre el conductismo, ver Dahl (1961).

De esta manera, la creación de dicho departamento, que fuera el único de la disciplina en el país por dos décadas, adquirió desde el principio un corte empiricista, orientado por la Ciencia Política estadounidense. Las primeras investigaciones realizadas allí muestran una cierta ruptura con temas de Filosofía (política), Derecho (constitucional) y Sociología que habían dominado el campo de los estudios políticos en Colombia. Este rompimiento puede verse en el surgimiento de un nuevo orden temático funcionalista en el que sobresalen temas como el “comportamiento legislativo, partidos políticos y grupos de presión, elecciones y participación electoral” (Bejarano y Wills, 2005: 113-114). En este campo disciplinar, los primeros trabajos se caracterizan por la utilización de métodos sofisticados para la época, como la realización de encuestas a ciudadanos y congresistas, para así “entender cómo las diferentes características de los individuos afectan su comportamiento político” (Botero, 2011: 22). El funcionalismo que irrumpe en la Ciencia Política en Colombia trata entonces de romper con el evolucionismo (uso de la historia) y también con el uso de la filosofía normativa en el estudio de la Ciencia Política. Así, la separación que ofrece el funcionalismo, si bien luego se mostraría profundamente problemática, generaba una ruptura en relación con el tipo de análisis desarrollado en esos años, dicha inflexión se vio principalmente reflejada en el uso de fuentes empíricas.

Desde otra perspectiva, Murillo y Ungar (1999: 2) señalan que para entender el origen de los estudios políticos<sup>15</sup> también es necesario mirar cómo la Sociología Política de la época empieza a tratar ciertos temas: “violencia, procesos de urbanización, movimientos estudiantiles, migración rural-urbana, movilidad social, estructuras familiares y tenencia de la tierra, entre otros”. Sin embargo, estos estudios se dieron dentro de una academia cada vez más polarizada, como ya se mencionó, que mezclaba la militancia ideológica con ciertas características antisistema, que llevaron finalmente al cierre de las facultades de Sociología de la Pontificia Universidad Javeriana y de la Universidad Nacional a principios de los setenta (Murillo y Ungar, 1999: 2). El hecho de nacer en este ambiente de polarización, bajo un marco funcionalista y dentro de una universidad privada, permitiría plantear que se buscaba generar un contrapeso en el desarrollo de las ciencias sociales, introduciendo otro tipo de miradas. También resulta relevante señalar que en las primeras

---

15 Nótese que no se habla de *ciencia* o *ciencias*. La discusión sobre la denominación de la disciplina –ciencia, ciencias, estudios– es larga y amerita un estudio aparte. Sin embargo, se hará referencia ocasional y lateral a dicha diferenciación.

décadas de la disciplina, la financiación de la Fundación Ford y de otras entidades estadounidenses fue fundamental (Bejarano y Wills, 2005).

En 1986, casi 20 años después de la génesis uniandina, se crea en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) con un corte diferente al de la Universidad de los Andes. Murillo y Ungar (1999) resaltan cómo la emergencia del IEPRI en el momento más caldeado de la violencia de los años ochenta le da una mayor orientación hacia un “corte interdisciplinario”. Bejarano y Wills (2005), por su parte, señalan que estas diferencias de orientaciones se deben, en parte, a que el IEPRI se creó bajo una mayor influencia de la academia europea y, por lo tanto, con un enfoque más amplio que no exagera la independencia de la política de otros aspectos de la sociedad. Ambas razones llevaron a este nuevo instituto a trabajar desde un principio con una perspectiva más interdisciplinaria, que abarcaba no solo temas de violencia. Según Pécaut (citado en Bejarano y Wills, 2005: 115):

... las articulaciones entre Estado, régimen político y violencia, las relaciones desiguales entre regiones y centro, las estrategias de los actores armados, las políticas públicas ante el reto guerrillero, las concepciones jurídicas subyacentes a las contiendas armadas, la irrupción del narcotráfico, las continuidades y las rupturas entre las violencias de ayer y las de hoy fueron todos temas que pasaron por la lupa investigativa de los miembros del Instituto.

Ese año, el gobierno nacional creó la Comisión sobre Violencia y Democracia, liderada por Gonzalo Sánchez del IEPRI. La publicación que resultó del trabajo de la Comisión —el libro *Colombia: Violencia y Democracia*— puso de relieve la discusión sobre las “causas objetivas” de la violencia. Durante esta década, aparece además el clientelismo como tema (que sigue siendo trabajado actualmente, no solo por los estudiosos del sistema de partidos colombiano, sino por aquellos interesados en temas de cultura política, conflicto y desarrollo). Ocupó también a los politólogos de la época, el estudio del comportamiento electoral (desde un enfoque psicosocial), el comportamiento partidista y la tesis del “cierre del sistema” durante el Frente Nacional (FN), y la crisis del bipartidismo (partidos tradicionales divididos en fracciones y facciones) con el desmonte del mismo (Botero, 2011).

Esta división en la Ciencia Política se empieza a construir para Murillo y Ungar (1999) desde mucho antes, según estos autores:

... es a partir de la década del setenta que es posible establecer la bifurcación entre los estudios politológicos en estricto sentido, iniciados a finales de la década de los sesenta en la Universidad de los Andes, y los estudios políticos de corte interdisciplinario de los cuales el CINEP y el IEPRI serán claros exponentes (1999: 2).

La riqueza que ofrece esta línea continua se refleja claramente en el recuento bibliográfico realizado por Leal Buitrago (1988) sobre los aportes construidos en el camino de profesionalización de los estudios políticos en Colombia. Según el autor hasta 1987 el aporte de la academia colombiana para el estudio de la política abarcaba una multiplicidad de áreas de conocimiento: “I Historia política, II Movimientos sociales, III Partidos políticos, IV Estado y administración pública, V Política internacional y comparada, VI Teoría y metodología, VII Violencia, VIII Periodísticos y IX Otros” (1988:56). Como se aprecia el estudio de la política hasta y durante los años ochenta abarcaba una gran cantidad de temáticas y sobre todo de disciplinas, aunque ya dejaba ver los temas que se han vuelto característicos de la disciplina como hoy se entiende.

Durante la siguiente década (1990-2000), fue la hiperfragmentación del sistema de partidos lo que copó la atención de los politólogos colombianos interesados en temas electorales y partidistas (Botero, 2011). No obstante, el clientelismo no cesa de interesar a los académicos y sus mutaciones (por ejemplo, hacia lo que Andrés Dávila Ladrón de Guevara llama un “clientelismo de mercado”) han hecho que siga siendo un tema estudiado. El narcotráfico, la guerra contra las drogas, el Plan Colombia y el conflicto armado ocuparon las páginas de los trabajos sobre violencia y seguridad. Así mismo, el contexto global tras la Guerra Fría y el papel de Colombia en este nuevo escenario fue tema recurrente. Finalmente, el debate a la Constitución Política de 1991 —en su génesis, pero también las evaluaciones de sus efectos— hizo presencia en la Ciencia Política nacional.

Ya en el nuevo siglo, la Ciencia Política colombiana ha seguido ampliando el espectro de temas tratados. Por ejemplo, los estudios sobre partidos y elecciones se han enfocado en las causas y los efectos de las reformas políticas —especialmente la de 2003—, en las relaciones entre violencia, criminalidad, democracia y representación, y la realización de encuestas de opinión como la del Latin America Public Opinion Project (LAPOP). Tras la desmovilización paramilitar, ha habido una renovada discusión sobre los procesos de desar-

me, desmovilización y reintegración, y de justicia transicional. Así mismo, la reelección como figura política y sus implicaciones en el sistema político han sido objeto de numerosas publicaciones. Algunas de estas se relacionan, obviamente, con las discusiones en torno a la Constitución del 91, la cual ha sido a su vez objeto de varios trabajos, especialmente en el contexto de sus 20 años. De igual forma, los estudios sobre violencia, conflicto, orden y seguridad no han perdido su importancia en la Ciencia Política colombiana<sup>16</sup>: inspirados en un aumento generalizado del interés por las guerras civiles y conflictos armados internos a nivel internacional, hay ahora numerosos centros de estudios dedicados al tema —entre otros, el Centro de Recursos para el Análisis de Conflictos (CERAC)— y múltiples investigadores enfocados en mejorar la calidad de los datos y las interpretaciones de las violencias colombianas y relacionarlas con otros fenómenos sociales, económicos y políticos.

Finalmente, Bejarano y Wills sostienen que las preocupaciones de la Ciencia Política hoy se distancian de las de anteriores épocas en el siguiente aspecto:

A los temas tradicionales se han venido a sumar nuevas preocupaciones: movimientos sociales, sociedad civil, ciudadanía, formación de la esfera pública, descentralización, proceso constituyente, reforma del Estado y diseño institucional, resolución pacífica de conflictos y justicia transicional. Incluso los temas más tradicionales se abordan ahora desde una óptica distinta, nuevos marcos teóricos, distintas metodologías; el enfoque tradicional para el estudio de la historia política, por ejemplo, ha dado paso a investigaciones centradas en la formación del Estado y la nación (González et al., 2003); el estudio de las elecciones y los partidos políticos se hace ahora incorporando la teoría neo-institucional y herramientas como la teoría de juegos; la violencia se analiza en sus dimensiones micro, así como también se incorporan miradas comparativas. Por otra parte, las rígidas fronteras disciplinares se diluyen para dar un renovado impulso a investigaciones más interdisciplinarias, que combinan preocupaciones de la sociología, la antropología o la psicología política. Resta mucho camino por recorrer; pero sin duda, el paisaje de la producción académica en Ciencia Política es, hoy por hoy, mucho más rico y diverso que hace dos décadas (Bejarano y Wills, 2005: 119).

---

16 Para un balance de los estudios sobre conflicto armado en Colombia, ver Leal Buitrago (2008).



Pero quizás uno de los desarrollos más importantes para la disciplina en el país fue la “explosión” de programas de pregrado y posgrado en Ciencia Política y afines a partir de la década de 1990. Bejarano y Wills (2005) anotan cómo la formación en Ciencia Política se incrementa a partir de la década de los noventa cuando se crean en el país numerosos nuevos programas y se abren múltiples centros de análisis político en distintas ONG y otra serie de instituciones. En menos de dos décadas, el número de pregrados en Ciencia Política o similares (según la definición del Ministerio de Educación Nacional) pasó de uno solo en 1993 a 32 en el año 2012. Este proceso se relacionaría con el proceso de descentralización, que llevó la necesidad del quehacer político-práctico a las regiones y la expansión de los regímenes ejecutivos en la nación (cosa que también se podría decir de las grandes ciudades). No en vano 19 de estos 32 programas se ubican en lugares distintos a Bogotá y su área inmediata de influencia.

Si bien es posible criticar la proliferación de programas en la disciplina desde una perspectiva escéptica y orientada hacia el cuestionamiento de la calidad de los mismos (Losada, 2004), ciertamente este aumento cuantitativo constituye evidencia de un marcado interés en el país por pensar la política desde la academia y formar politólogos a nivel profesional. En palabras de Cuéllar Argote,

Se puede decir que la Ciencia Política pasa por un momento interesante en términos intelectuales —caracterizado por su atractivo y seducción—, como resultado del proceso de desestructuración propio de la misma disciplina, proceso que abre la posibilidad de repensarla y que ofrece múltiples posibilidades de trabajo e investigación que, hace quince años atrás, no existían para sus cultivadores (Cuéllar Argote, 2007: 275).

Este resumen de los principales hitos del desarrollo sirve para trazar una sintética historia de la disciplina. Dicha historia empezaría con la profesionalización lenta de las ciencias sociales en Colombia a partir de la década de 1950; seguiría con el establecimiento de la primera carrera de Ciencia Política en el país, la de la Universidad de los Andes, en 1968; pasaría por la ampliación del espectro de temas tratados por politólogos y estudiosos de la política colombiana en las tres décadas siguientes; y desembocaría en una explosión sin precedentes de programas de formación profesional —en pregrado y posgrado— en Ciencia Política, con especial énfasis en la expansión de esta disciplina hacia las regiones.

### 3.2. Contiendas sobre el estado de la disciplina en Colombia

Con esta historia en mente, y como ya se ha anotado previamente en el texto, es pertinente pasar revista a las distintas evaluaciones que se han hecho de la disciplina en los últimos años. En otras palabras, esta subsección propone un barrido general y sintético de la literatura preocupada por el *estado del arte* de la Ciencia Política en Colombia: esto es, su desarrollo, su presente y sus perspectivas.

Numerosos estudiosos han intentado apuntalar “en qué va” la disciplina hoy en el país. De manera similar a lo que sucede en el plano internacional o para el caso de América Latina, se evidencia la existencia de perspectivas encontradas. Nuevamente, podemos clasificarlas en dos grupos: las visiones optimistas o más positivas (las más “*Whigs*”, por usar el término propuesto por Dryzek y Leonard, 1988) por un lado, y otras mucho más escépticas o críticas frente a la actualidad del proceso de profesionalización y ampliación de la Ciencia Política colombiana. La Tabla 1 resume algunas de las principales posiciones en el debate en frases sintéticas, pero dicentes.

**Tabla 1. Algunas visiones sobre el estado de la disciplina en Colombia**

Optimistas/positivas	Escépticas/críticas
“Profesionalización” (Leal Buitrago, 1988; 2011).	“Proceso en marcha” (Murillo y Ungar, 1999).
“Reconocimiento” (Sánchez David, 2001).	“Crisis” (Alonso Espinal, 2001).
“De vocación a disciplina” (Bejarano y Wills, 2005).	“Preocupante proliferación”; “Está de moda” (Losada, 2004).
“Consolidación” (Cuéllar Argote, 2007).	“Retorno a la disciplinarietàad” (Restrepo et al., 2008).

Fuente: elaboración propia.

El campo de las visiones optimistas sobre el estado de la Ciencia Política en Colombia se ve potenciado por narraciones de su historia como la que ofrecen Bejarano y Wills (2005) y Leal Buitrago (1988; 2011). En ambos casos, el desarrollo de la disciplina ha sido un proceso lento y arduo, casi épico, que comenzó con unos pocos estudiosos formados en el exterior y algunos profesores visitantes y que, cuatro décadas después, se ha caracterizado por una creciente proliferación y una clara expansión de sus enfoques, métodos y temas. Para Sánchez David (2001: 30) el tránsito ha sido claro: de los politólogos como “seres extraños cuya actividad se confundía con la de los políticos

y con las miserias del poder”, al reconocimiento por parte de la academia y la sociedad colombianas.

Trabajos como el de Cuéllar Argote (2007) ligan muy bien con esta perspectiva. La Ciencia Política se habría consolidado de forma “[...] si bien lenta y desfasada, [...] no sólo firme sino constante” (Cuéllar Argote, 2007: 270). El elemento clave a celebrar —un triunfo de la disciplina por así decirlo— sería la “explosión de programas” (de dos a treinta y tres en menos de veinte años), pues constituye una oportunidad para producir conocimiento sobre los problemas políticos colombianos (Cuéllar Argote, 2007: 282). Murillo y Ungar (1999) intentan matizar estas evaluaciones. Si bien apoyan la “interpretación estándar” del desarrollo de la disciplina en el país, son cautos al caracterizar este proceso como un “proceso en marcha”. En un texto anterior, Murillo resume algunos de los principales retos que enfrentaban los politólogos hace casi dos décadas, algunos de los cuales aún hoy tienen vigencia:

En la perspectiva externa, la crisis del modelo socialista, junto con los procesos de internacionalización y expansión de la economía de mercado y el reordenamiento del sistema mundial, han llevado al planteamiento de alternativas paradigmáticas de corte posmoderno que aún requieren de más solidez teórica y de mayor soporte empírico. En la perspectiva interna, las ataduras del “santanderismo” colombiano se han roto por fin para dar salida a un nuevo proyecto político para la superación de la crisis de credibilidad y legitimidad de las instituciones del estado de derecho. Todo esto en medio de la persistencia de los conflictos armados y de la confusión que acarrea la difícil inserción del país en la dimensión aperturista (Murillo, 1994: 12).

Una de las críticas más ácidas al estado de la disciplina en Colombia viene de uno de sus fundadores. Si Sartori critica la Ciencia Política en versión estadounidense por su excesiva cuantificación y falta de verdadera metodología, Losada (2004: 17-18, 21) critica la colombiana por su escaso rigor teórico, su “clara desconexión con los principales desarrollos de la Ciencia Política contemporánea” y sus limitados intentos por realizar mediciones (cuantitativas o cualitativas) “no [la] dejan muy bien parada”. Para este mismo analista, la “explosión” de programas es preocupante:

La proliferación así documentada sugiere que la *Ciencia Política* está de moda, lo cual no necesariamente es positivo. Porque la expresión *Ciencia Política* se está usando a la ligera, y por ende se abusa de ella.

No cuenta el país con el número de profesionales a nivel de doctorado y de maestría, graduados en universidades del exterior, que puedan sustentar con seriedad los numerosos programas que alegan enseñar Ciencia Política. (Losada, 2004: 13).

Otras críticas se acercan más a las “subversiones” del CNPC y la Perestroika contra la IPSA. En particular, perspectivas como la de Mejía Quintana et al. (2004) o la evidenciada en el debate entre Cárdenas Támara y Suárez Rozo (2011) por un lado, y Losada y Casas-Casas (2008; Casas-Casas y Losada, 2011) reclaman un mayor papel de la Filosofía Política y la teoría política normativa en la Ciencia Política colombiana. En un análisis de los artículos publicados en las primeras dos décadas en la revista *Análisis Político del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales* (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, Restrepo et al. (2008: 89) encuentran un “retorno a la disciplinarietà”, evidenciada en “una reducción a partir de finales de los noventa en la transdisciplinarietà y la multidisciplinarietà” de los textos, proceso ante el cual sería preciso “no sucumbir”, a la vez que se habría de luchar por “no permitir el dominio de lo cuantitativo como metodología reinante”.

## 4. Conclusiones

Analizar el estado de la Ciencia Política en el plano internacional con énfasis en el mundo anglosajón, latinoamericano y colombiano, implica optar por una consideración mixta entre *estado* de la disciplina e *historias* de la disciplina. Como se pudo ver a lo largo del presente trabajo, existen dos grandes perspectivas en el análisis del estado actual de la disciplina de la Ciencia Política: la perspectiva optimista o “*Whig*” y la perspectiva escéptica o crítica; ambas se reflejan en los planos internacional, regional y nacional, con diversos matices y particularidades propias de cada entorno. El debate en cuanto a método(s), objeto(s) y enfoque(s), que aún persiste en la disciplina, lejos de pensarse como un obstáculo, puede verse como aquello que la mantiene viva y en constante transformación.

En el contexto latinoamericano, como se expresó previamente, la Ciencia Política muestra una historia y un afianzamiento dispar, íntimamente ligado a los procesos políticos de cada país, lo que impide definir tendencias generales. Se evidencian en la actualidad varios retos disciplinares —teniendo presente el contexto adverso en cuanto a la financiación de investigación y estudios doctorales— que se sitúan en la consolidación epistemológica, teórica y meto-

dológica, la profesionalización, y una mayor visibilidad y contribución en el plano internacional, que permitan superar el denominado “parroquialismo” de la Ciencia Política regional.

En una perspectiva comparativa, la disciplina en Colombia se encuentra en un grupo de países latinoamericanos —junto a Chile, Costa Rica, Uruguay y Venezuela— en el que se han dado avances importantes, pero aún queda camino por recorrer (Altman, 2006: 196). En el país, tal como se mostró en el texto, la historia de la disciplina tendría su punto de origen con la profesionalización lenta de las ciencias sociales en general a partir de los años cincuenta del siglo XX; continuaría en 1968 con el establecimiento, en la Universidad de los Andes, de la primera carrera de Ciencia Política; pasaría por la ampliación del abanico de temas tratados por politólogos y estudiosos de la política en las tres décadas siguientes; y desembocaría en una expansión inusitada de programas de formación profesional, tanto de pregrado como de posgrado, en Ciencia Política, con la particularidad de su expansión por fuera de la órbita de la capital, haciendo fuerte presencia en las regiones.

Mientras que las visiones optimistas, en general, celebran el crecimiento de la disciplina en el país tras un largo y trabajoso proceso, las perspectivas críticas se enfrentan respecto a si la Ciencia Política colombiana se ha ido “americanizando” o no, y sobre si esto es positivo o no. A esto habría que sumarle las discusiones de vieja data sobre el objeto de estudio, los métodos e incluso la denominación (ciencia, ciencias o estudios) de la disciplina, temas sobre los cuales hay múltiples posiciones. Esto indica que el desarrollo “positivo” de la misma dista de ser una “verdad revelada” y que el espacio de disenso sobre los logros y perspectivas de los politólogos en el país está aún vigente.

## Bibliografía

- Adcock, Robert y Mark Bevir (2005). “The History of Political Science”, *Political Studies Review*, Oxford y Malden, vol. 3.
- Almond, Gabriel A. (1996). “Political Science: The History of the Discipline”, en: Robert E. Goodin y Hans-Dieter Klingemann, eds., *A New Handbook of Political Science*, Oxford, Oxford University Press.
- Almond, Gabriel A. (1999). *Una disciplina segmentada: Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Almond, Gabriel A. y G. Bingham Powell (1966). *Comparative Politics: A Developmental Approach*, Boston, Little, Brown and Company.

- Alonso Espinal, Manuel Alberto (2001). "Los avances, los retos y la crisis de nuestro campo de conocimiento: reflexiones oblicuas sobre el panorama de la Ciencia Política en Colombia", en: Andre-Noel Roth Deubel y Lydia Córdoba Hoyos, comps., *La Ciencia Política en la Universidad del Cauca: Ponencias y Discursos de los Actos Conmemorativos, 1996-2001*, Popayán, Editorial Universidad del Cauca.
- Altman, David (2006). "From Fukuoka to Santiago: Institutionalization of Political Science in Latin America", *PS: Political Science & Politics*, Washington, vol. 39, núm. 1.
- Andamios, Revista de Investigación Social (2009), "Bibliografía sobre Ciencia Política: ¿Crisis o renovación?", *Andamios*, México, vol. 6, núm. 11.
- Bejarano, Ana María y Wills, María Emma (2005). "La Ciencia Política en Colombia: de vocación a disciplina", *Revista de Ciencia Política*, Santiago de Chile, vol. 25, núm. 1.
- Botero, Felipe (2011). "Cuatro décadas de estudios sobre partidos y elecciones", en: F. Botero, comp., *Partidos y elecciones en Colombia*, Bogotá, Editorial Universidad de los Andes.
- Bulcourn, Pablo y D'Alessandro, Martín (2003). "La Ciencia Política en la Argentina", en: Julio Pinto, comp., *Introducción a la Ciencia Política (nueva versión)*, Buenos Aires, Eudeba.
- Cárdenas Támara, Felipe y Suárez Roza, Luisa Fernanda (2011). "La Ciencia Política, ciencia noética del orden: Una mirada crítica sobre su 'objeto' de estudio", *Colombia Internacional*, Bogotá, núm. 72.
- Casas-Casas, Andrés y Losada, Rodrigo (2011). "¡Enhorabuena! Una breve aclaración a propósito de la discusión sobre el objeto de estudio de la Ciencia Política", *Colombia Internacional*, núm. 73.
- Cuéllar Argote, Julián (2007). "Un diagnóstico a la enseñanza de la Ciencia Política en Colombia", *Civilizar*, Bogotá, vol. 7, no. 13.
- Dahl, Robert A. (1961). "The Behavioral Approach in Political Science: Epitaph for a Monument to a Successful Protest", *The American Political Science Review*, Washington, vol. 55, núm. 4.
- Duverger, Maurice (1962). *Métodos de las ciencias sociales*, Barcelona, Ariel.
- Dryzek, Jonh S. y Stephen T. Leonard (1988). "History and Discipline in Political Science", *The American Political Science Review*, Washington, vol. 82, núm. 4.
- Farr, James, John S. Dryzek y Stephen T. Leonard (1999). "Introducción", en: James Farr, John S. Dryzek y Stephen T. Leonard, eds., *La Ciencia Política en la historia: Programas de investigación y tradiciones políticas*, Madrid, Istmo.
- Goodin, Robert E. (2010). "The State of the Discipline, the Discipline of the State", en: Robert E. Goodin, ed., *The Oxford Handbook of Political Science*, Oxford, Oxford University Press.

- Goodin, Robert E. y Hans-Dieter Klingemann (1996). "Political Science: The Discipline", en: Robert E. Goodin y Hans-Dieter Klingemann, eds., *A New Handbook of Political Science*, Oxford, Oxford University Press.
- Hartlyn, Jonathan (2010). "La Ciencia Política y el estudio de la política comparada en los Estados Unidos: tendencias y diálogos con la Ciencia Política en América Latina", *Anuario Americanista Europeo*, Salamanca y Goteburgo, núm. 8.
- Heywood, Andrew (1994). *Political Ideas and Concepts: An Introduction*, London, Macmillan.
- Huneus, Carlos (2006). "El lento y tardío desarrollo de la Ciencia Política en América Latina, 1966-2006", *Estudios Internacionales*, Santiago de Chile, vol. 39, núm. 155.
- Kuhn, Thomas S. (1992). *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Laitin, David D. (2004). "¿Adónde va la Ciencia Política? Reflexiones sobre la afirmación del profesor Sartori de que 'la Ciencia Política estadounidense no va a ningún lado'", *Política y gobierno*, México, vol. XI, núm. 2.
- Leal Buitrago, Francisco (1988). "La profesionalización de los estudios políticos en Colombia", *Análisis Político*, Bogotá, núm. 3.
- Leal Buitrago, Francisco (2008). "Balance y perspectivas de los estudios sobre el conflicto armado en Colombia", Bogotá, *Análisis Político*, núm. 62.
- Leal Buitrago, Francisco (2011). "Prólogo: Cuatro décadas de Ciencia Política en la Universidad de los Andes", en: Felipe Botero, comp., *Partidos y elecciones en Colombia*, Bogotá, Editorial Universidad de los Andes.
- Leal Buitrago, Francisco, Restrepo Torres, Jorge A. y Ramírez Tobón, William (2007). "20 años de Análisis Político", *Análisis Político*, núm. 62.
- Lechner, Norbert (1990). *Los patios interiores de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Losada, Rodrigo (2004). "Reflexiones sobre el Estado Actual de la Ciencia Política en Colombia", Bogotá, *Papel Político*, núm. 16.
- Losada, Rodrigo y Casas-Casas, Andrés (2008). *Enfoques para el análisis político: Historia, epistemología y perspectivas de la Ciencia Política*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Mejía Quintana, Óscar, Rodríguez, Gina Paola, Bernal, María del Pilar, Chávez, Carlos, Henao, Fabián, Abud, Farid y Giraldo, Santiago (2004). *La Ciencia Política: Historia, enfoques, proyecciones*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Murillo, Gabriel (1994). "Presentación", en: Rubén Sánchez David, comp., *El estudio de la Ciencia Política en Colombia*, Bogotá, Editorial Universidad de los Andes.

- Murillo, Gabriel y Ungar, Elisabeth (1999). "Evolución y desarrollo de la Ciencia Política colombiana: Un proceso en marcha", *Revista de Estudios Sociales*, Bogotá, núm. 4.
- Nohlen, Dieter (2006). "Ciencia Política en América Latina", en: Dieter Nohlen, ed., *Diccionario de Ciencia Política*, Tomo I, México, Editorial Porrúa.
- Pasquino, Gianfranco (1988). "Naturaleza y evolución de la disciplina", en: Gianfranco Pasquino, comp., *Manual de Ciencia Política*, Madrid, Alianza Editorial.
- Restrepo, Jorge A., López Coronado, Sue Ellen, López Fonseca, Laura y Sánchez Díaz, Luis Carlos (2008). "Ritmos de la producción discursiva en Análisis Político. Un análisis cuantitativo", *Análisis Político*, Bogotá, núm. 62.
- Sartori, Giovanni (2011). *Cómo hacer Ciencia Política: Lógica, método y lenguaje en las ciencias sociales*, Madrid, Taurus.
- Sánchez David, Rubén (2001). "Educación y Ciencia Política", en: Andre-Noel Roth Deubel y Lydia Córdoba Hoyos, comps., *La Ciencia Política en la Universidad del Cauca: Ponencias y Discursos de los Actos Conmemorativos, 1996-2001*, Popayán, Editorial Universidad del Cauca.
- Stoker, Gerry y David Marsh (2010). "Introduction", en: David Marsh y Gerry Stoker, eds., *Theory and Methods in Political Science*, 3ª ed., Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- Zolo, Danilo (2007). "La 'tragedia' de la Ciencia Política", *Temas y Debates*, Rosario, núm. 14.